

## UNAMUNO ESCRITOR: SUS CONCEPCIONES DE AUTOR, LECTOR Y PERSONAJE

*Unamuno the Writer: His Conceptions of Author, Reader and Character*

Emanuel MAROCO DOS SANTOS  
*Universidad de Salamanca*

Recibido: 4 de mayo de 2016  
Aceptado: 2 de mayo de 2018

### RESUMEN

El Unamuno filósofo es indisoluble del Unamuno escritor. El existencialismo, movimiento filosófico en que singularmente se inscribe, lo exigió. Y tal como en el mundo de la filosofía nos ha dejado obras de una originalidad incontestable, así también sucedió en el mundo de la literatura, eternamente vinculado a aquél. Su peculiar concepción de novela como *nivola* es a este respecto muy esclarecedora de su afán de una teorización de lo escrito como acercamiento a los eternos problemas filosóficos. En este estudio, centrándonos en su producción novelística y teatral, procuraremos deslindar sus *sui generis* concepciones de “autor”, “lector” y “personaje”.

*Palabras clave:* novela, teatro, autor, lector y personaje.

### ABSTRACT

Unamuno the philosopher cannot be dissociated from Unamuno the writer. Existentialism, the philosophical movement in which he is particularly inscribed, demanded it of him. And just as in the world of philosophy he has left us works of unquestionable originality, he also did so in the literary world, eternally linked to the former. His peculiar conception of the novel as *nivola* in this respect is quite clarifying of his eagerness for a theorization of writing as an approach to eternal philosophical problems. In this study, focusing on his novels and plays, we attempt to define the limits between his *sui generis* conceptions of “author”, “reader” and “character”.

*Key words:* novel, theatre, author, reader, character.

## 1. INTRODUCCIÓN

Por cuestiones metodológicas, el presente artículo está estructurado en dos momentos interdependientes de análisis y reflexión. En el primer apartado, intentaremos comprender e interpretar las concepciones unamunianas de “autor” y “lector”, procurando hacer patentes los momentos de *discontinuidad ontológica* que median entre ambos, en una concepción de literatura estructurada por el conato espinosista de persistencia, que exige que el autor procure perpetuarse a partir del influjo espiritual que ejerce sobre sus lectores. Y, en el segundo, centrándonos exclusivamente en su concepto de “personaje”, procuraremos analizar su concepción como *ser real* y como *persona*, con vistas a percibir las relaciones de preeminencia ontológica que éste mantiene con su autor y con los lectores. Se trata, pues, de un estudio filosófico donde los temas ontológicos de la *persistencia personal* y de la *existencia* se mezclan con la función y el sentido de la obra literaria.

## 2. EL AUTOR Y EL LECTOR: SUS RELACIONES RECÍPROCAS DE PERVIVENCIA Y REALIZACIÓN EXISTENCIAL

Héteme aquí ante estas blancas páginas –blancas como el negro porvenir; ¡terrible blancura!– buscando retener el tiempo que pasa, fijar el huidero hoy, eternizarme o inmortalizarme en fin, bien que eternidad e inmortalidad no sean una sola y misma cosa. Héteme aquí ante estas páginas blancas, mi porvenir, tratando de derramar mi vida a fin de continuar viviendo, de darme la vida, de arrancarme a la muerte de cada instante<sup>1</sup>.

Si algo caracteriza el pensamiento estético de Unamuno, es sin duda el hecho de que los conceptos de “autor” y “lector” sean dos nociones, ontológicamente interdependientes y vinculadas a partir del concepto de “obra”. Si se analiza con algún detalle su concepción de literatura, pronto se nos hará patente que su concepción de “autor” no se refiere tan sólo al que crea ni la de “lector”, al que lee una determinada obra literaria, sino también, y quizás con mayor relieve, *al que se da en espíritu y al que es alimentado*, ya que el vínculo que une ambas realidades es tanto de carácter estético como de carácter ontológico. Por ello, en Unamuno, hay un cierto paralelo entre los binomios autor/lector y profesor/alumno, ya que en ambos casos se establece una continuidad ontológica por la cual el espíritu del primer elemento se trasmite

1. UNAMUNO, M., *Cómo se hace una novela*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1970, vol. 8, p. 729.

al segundo<sup>2</sup>. Y hay un cierto paralelismo –decíamos–, porque la “pedagogía” y la “demagogía\*” unamunianas asumen como principal finalidad la formación de la personalidad de los individuos y de los pueblos a través de la transmisión del espíritu del educador (autor o profesor) a sus educandos (alumnos o lectores). En este aspecto de su pensamiento, hay que afirmarlo, se verifica una vez más la tensión ontológica de persistencia que anima el hombre unamuniano<sup>3</sup>, ya que cada “autor”, en cuanto que es movido por el *conatus* espinosista de persistencia, escribe para inmortalizarse. Sin embargo, lo que parece ser en un principio un impulso egoísta, como es, obviamente, el de la persistencia personal, se metamorfosea en un actitud señaladamente altruista, ya que, siendo el hombre un ser espiritualmente inconcluso, el “espíritu del lector” sólo puede aumentar en contacto con el “espíritu del autor”. No nos extraña, pues, que Unamuno, que se inscribe dentro de una filosofía de corte personalista, propusiese una concepción literaria de carácter netamente autobiográfico, puesto que se trataba de aumentar el espíritu de sus “lectores” a través de la recepción de los rasgos espirituales más característicos de su propio espíritu. Véase a este propósito el fragmento que trascribimos a continuación, donde don Miguel identifica intencionadamente la literatura con la creación autobiográfica.

En estas circunstancias y en tal estado de animo me dió la ocurrencia, hace ya algunos meses, después de haber leído la terrible “Piel de zapa” (*Peau de chagrin*), de Balzac, cuyo argumento conocía y que devoré con una angustia creciente, aquí, en París y en el destierro, de ponerme en una novela que vendría a ser una autobiografía. Pero ¿no son acaso autobiografías todas las novelas que se eternizan y duran eternizando y haciendo durar a sus autores y a sus antagonistas?<sup>4</sup>

Ahora bien, como ya hemos afirmado, el concepto de “obra” juega un papel decisivo en el vínculo ontológico que une el “autor” a sus “lectores”. Es, pues, una noción fundamental en el flujo espiritual que media entre sus “subjetividades intrahistóricas”, ya que, entre ambas, se interpone la “subjetividad histórica del autor”, que, dentro de una perspectiva autobiográfica, es, obviamente, equivalente al concepto de “obra”. De este modo, la relación espiritual que media entre el “autor” y el “lector” supone varios momentos

2. Cfr., UNAMUNO, M., *Discurso pronunciado en el acto de la entrega de premios del concurso pedagógico celebrado en Orense en junio de 1903*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1971, vol. 9, p. 83.

3. UNAMUNO, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1969, vol. 7, p. 112.

4. UNAMUNO, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 731.

de *discontinuidad ontológica*, ya que el flujo espiritual que pasa de uno a otro está sujeto tanto al *proceso de trasmisión* del “espíritu del autor” como al de su *recepción* por parte de los “lectores”. Por ello, Carlos Longhurst está en lo cierto cuando afirma que la cuestión más importante dentro de la teoría literaria de Unamuno es la de saber “si el autor pervive de alguna forma en su obra”<sup>5</sup>. Sin embargo, disentimos de su respuesta eminentemente negativa, ya que hacemos una distinción muy clara entre lo que implica el “olvido” y lo que implica la “consunción”, la “enajenación” y la “hermenéutica”, dentro de su proyecto ontológico. Porque si el “olvido” supone una *ruptura ontológica*, es decir, la muerte completa del autor; la “consunción”, la “enajenación” y la “hermenéutica”, sin implicar la muerte del autor, suponen una permanencia parcial de la ipseidad espiritual del autor; y es precisamente esta permanencia parcial la que denominamos de *discontinuidad ontológica*. Asimismo, lo que concebiremos como *momentos de discontinuidad ontológica* no son más que momentos de pérdida de identidad espiritual del autor que se despersonaliza en la historia.

La “consunción” constituye el primer momento de *discontinuidad ontológica* inherente al paso de la “subjetividad intrahistórica del autor” hacia su “subjetividad histórica”. En la correcta determinación de dicho momento, consideramos muy sugestiva la propuesta hermenéutica de Carlos París, ya que interpreta este concepto como “anquilosamiento”, esto es, como la pérdida de movimiento<sup>6</sup>. Con dicha identificación, con la cual concordamos, nos permitimos establecer una diferencia fundamental entre ambas subjetividades, puesto que éstas suponen dos concepciones heterogéneas de *temporalidad*. La prueba más evidente de ello radica en el hecho de que la “subjetividad intrahistórica” se refiere a una concepción de temporalidad, heraclítenamente, temporal y dinámica mientras que la “subjetividad histórica” lo hace a una concepción de temporalidad, parmenideanamente, atemporal y estática<sup>7</sup>. Es, precisamente, a partir de esta diferencia ontológica que lo que un determinado “autor” cristaliza en sus escritos autobiográficos termina por disentir de su marco primitivo y original, ya que una cosa es una *subjetividad intrahistórica temporal y dinámica*, y otra bien distinta es una *subjetividad histórica atemporal y estática*. Una es, pues, el anverso de la otra.

5. Cfr., LONGHURST, C. A., “Teoría de la novela en Unamuno. De *Niebla* a *Don Sandalio*”, en: CHAGUACEDA TOLEDANO, A. (ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra I*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, p. 149.

6. Cfr., PARÍS, C., *Unamuno: estructura de su mundo intelectual*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 47.

7. Cfr., MAROCO DOS SANTOS, E. J., “La consciencia histórica e intrahistórica en Miguel de Unamuno”, *Revista de filosofía. Euphyía*, vol. 5, n.º 9 (jul.-dic. 2011), p. 126.

Con relación al tema es curioso subrayar que el pensador vasco-salmantino cristalizó la esencia de dicha concepción histórica de la temporalidad a partir de la antítesis conceptual presente en las siguientes expresiones: (1) “eternización de la momentaneidad” y (2) “momentaneización de la eternidad”<sup>8</sup>. Si por la primera don Miguel intentó señalar que el mundo histórico supone la eternización de determinados momentos de la existencia humana, los que, por su densidad y sentido, merecen ser sustraídos a la muerte intrínseca a cada instante, por la segunda buscó demostrar que esta eternización exige, como contrapartida, una concepción inerte de la temporalidad. Sin embargo, más allá de la *discontinuidad ontológica* que suponen ambas concepciones del tiempo, hay una obvia continuidad –aunque parcial– de la “subjetividad intrahistórica”, ya que ésta es –y seguirá siendo– el fundamento ontológico de la “subjetividad histórica”. Empero, para Unamuno, la realidad de la “consunción” le parecía un límite demasiado estrecho<sup>9</sup> como prueba su singular interpretación de los personajes Aquiles<sup>10</sup> y Don Quijote<sup>11</sup>, ya que los hizo eternos anhelantes de sus propias vidas intrahistóricas. Si hay alguna obra donde Unamuno se refirió a la realidad de la “consunción” esa es sin duda su *Cómo se hace una novela*, de 1927. En la misma, el rector salmantino afirmó que lo dicho o “expresado” en un escrito queda “cristalizado” o “muerto”; y, al afirmarlo, concibió disyuntivamente la “vida” como movimiento, así como la “literatura” con la pérdida del mismo, es decir, como cristalización o anquilosamiento.

Eso que se llama en literatura producción es un consumo, o más preciso: una consunción. El que pone por escrito sus pensamientos, sus ensueños, sus sentimientos, los va consumiendo, los va matando. En cuanto un pensamiento nuestro queda fijado por la escritura, expresado, cristalizado, queda ya muerto, y no es más nuestro que será un día bajo tierra nuestro esqueleto. La historia, lo único vivo, es el presente eterno, el momento huidero que se queda pasando, que pasa quedándose, y la literatura no es más que muerte. Muerte de que otros pueden tomar vida. Porque el que lee una novela puede vivirla, revivirla –y quien dice una novela dice una historia–, y el que lee un poema, una criatura –poema es criatura y poesía creación– puede recrearlo<sup>12</sup>.

8. UNAMUNO, M., *Cómo se hace una novela*, *op. cit.*, p. 730.

9. *Ibidem*, p. 729.

10. UNAMUNO, M., *De la correspondencia de un luchador*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1968, vol. 3, pp. 270-271.

11. UNAMUNO, M., *La vida de Don Quijote y Sancho*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1968, vol. 3, p. 102.

12. UNAMUNO, M., *Cómo se hace una novela*, *op. cit.*, pp. 710-711.

La “enajenación” constituye el segundo momento de *discontinuidad ontológica* y hace referencia al proceso de cristalización de la “subjetividad intrahistórica” en libros y registros. Dicha discontinuidad se concreta en dos momentos: el primero relativo al hiato ontológico que media entre las realidades onto-gnoseológicas del *yo-nouménico* y del *yo-fenoménico*, y el segundo relativo al hiato ontológico que aísla el *mundo histórico* del *intrahistórico*. O si se quiere, en otras palabras, el proceso de “enajenación” hace tanto referencia a la cristalización fenoménica de la “conciencia intrahistórica” del autor a trasluz del desconocimiento de su realidad nouménica como a la metamorfosis a que está sujeto el yo-intrahistórico cuando se exterioriza por el “lenguaje”.

Si, como ya hemos observado en los análisis anteriores, la realidad de la “consunción”, concebida como “anquilosamiento”, constituía el primer límite de la producción literaria autobiográfica, cabría indagar, ahora, si al lado de dicho límite no se yuxtapone también la realidad de la “enajenación”, ya que los momentos cristalizados, en el mundo de la historia, pueden ser una expresión muy poco fiel de los momentos intrahistóricos donde tuvieron su origen. Si es cierto que dicho problema es una característica principal de las obras del destierro, ubicándose por ello entre los años de 1924 y 1930, no deja de ser igualmente cierto que el mismo empieza a desarrollarse en 1920, con la publicación de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, ya que, en dicha obra, Unamuno puso en escena su concepción de la realidad incognoscible del yo-nouménico<sup>13</sup> a partir de la teoría de los tres Tomases y de los tres Juanes de Oliver Wendel Holmes<sup>14</sup>. Ahora bien, si cada “subjetividad intrahistórica” es un “misterio” para sí misma, es decir, si su realidad nouménica es, epistemológicamente, inaccesible tanto para uno mismo como para los demás, entonces lo que un determinado autor cristaliza en una obra autobiográfica termina por disentir de su realidad primitiva y original. Con relación al tema, su drama *El Otro. Misterio en tres jornadas y un epílogo*, de 1926, es una obra particularmente significativa, ya que trata del referido problema de la “personalidad”<sup>15</sup> a partir de la dualidad de la subjetividad humana<sup>16</sup>. Dentro de esta obra, los gemelos Cosme y Damián permitieron a Unamuno presentar su concepción onto-gnoseológica de la “subjetividad” a partir de la distinción kantiana que media entre *yo-nouménico* y *yo-fenoménico*, cuyas implicaciones epistemológicas se hacen sentir en la imposibilidad

13. Cfr., UNAMUNO, M., “Prólogo”, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1967, vol. 2, p. 975.

14. *Ibidem*, p. 973.

15. UNAMUNO, M., “Autocrítica”, *El Otro. Misterio en tres jornadas y un epílogo*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1968, vol. 5, p. 653.

16. *Ibidem*, p. 686.

cognoscitiva de la realidad nouménica de la subjetividad humana. En este aspecto, la afirmación “Unamuno no sabe quién es”<sup>17</sup>, que surge en el “Epílogo” del mencionado drama, tiende a maximizar dicho problema teórico-conceptual, puesto que por la misma don Miguel se identifica con el problema de la realidad incognoscible de la “subjetividad intrahistórica” de su protagonista<sup>18</sup>. Empero dicha identificación sólo surgirá, de forma definitiva, en su obra *Cómo se hace una novela*, de 1927, cuando el bilbaíno se cuestionó sobre el problema de la adecuación de su “leyenda” a su “realidad nouménica”, esto es, cuando intuyó la posibilidad de que su *realización histórica* no fuese más que la “representación de un papel” que, en su esencia, se aleja de su propia realidad íntima o intrahistórica. Pedimos al lector que lea atentamente el siguiente fragmento de la susodicha obra de 1927, donde la expresión unamuniana “mi yo desconocido e incognoscible” fundamenta la afirmación desconcertante de don Miguel: “He aquí que hago la leyenda en que he de enterrarme”.

¡Mi novela!, ¡mi leyenda! El Unamuno de mi leyenda, de mi novela, el que hemos hecho juntos mi yo amigo y mi yo enemigo y los demás, mis amigos y mis enemigos, este Unamuno me da vida y muerte, me crea y me destruye, me sostiene y me ahoga. Es mi agonía. ¿Seré como me creo o como se me cree? Y he aquí cómo estas líneas se convierten en una confesión ante mi yo desconocido e inconocible; desconocido e inconocible para mí mismo. He aquí que hago la leyenda en que he de enterrarme<sup>19</sup>.

Sin embargo, la imposibilidad cognoscitiva del *yo-nouménico* es tan sólo el primer momento de *discontinuidad ontológica* inherente al proceso de “enajenación”, ya que entre las “subjetividades histórica” e “intrahistórica”, se interponen sus sustratos ontológicos que, siendo disímiles entre sí, imponen una nueva discontinuidad en el paso de una subjetividad a otra. De este modo, la “enajenación” debe ser, igualmente, concebida como una pérdida de identidad del *yo-intrahistórico* en su cristalización y pervivencia en el “mundo de la historia”<sup>20</sup>. Es por ello que coincidimos interpretativamente con François Meyer cuando sostiene que, en Unamuno, entre ambas subjetividades se intercala un momento de “enajenación” por el cual el yo-intrahistórico se despersonaliza<sup>21</sup>. En lo

17. *Ibidem*, p. 709.

18. *Ibidem*, p. 709.

19. UNAMUNO, M., *Cómo se hace una novela*, *op. cit.*, p. 734.

20. MAROCO DOS SANTOS, E. J., “La consciencia histórica e intrahistórica en Miguel de Unamuno”, *op. cit.*, p. 127.

21. MEYER, F., *La ontología de Miguel de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1962, p. 79.

que concierne al tema, la novela *Tulio Montalbán y Julio Macedo*, de 1920, y la obra teatral *Sombras de sueño*, de 1926, son dos obras literarias de innegable valor filosófico, ya que ambas ponen en escena el problema onto-gnoseológico que aísla la “subjetividad intrahistórica” de la “histórica”, o, si se quiere utilizar la terminología unamuniana, el “hombre” del “personaje”. A través de ambas obras, Unamuno quiso demostrar que la realización histórica del yo disiente siempre de su realidad íntima y original<sup>22</sup>, y que, en razón de ello, es imposible acceder al “hombre” a través del “personaje”<sup>23</sup>. De este modo, si la “consunción” –o “anquilosamiento”– suponía una *discontinuidad ontológica* presente en la fijación de determinados momentos de la vida intrahistórica en un mundo atemporal y estático, lo que es, precisamente, lo anverso del mundo original y primitivo, ahora, la “enajenación” supone que dichos momentos de la vida intrahistórica cristalizados en libros y registros disienten de nuevo de su marco primitivo y original, en la medida que sus sustratos ontológicos son, radicalmente, distintos entre sí, porque una cosa es el cuerpo vivo con sus estados de conciencia y otra radicalmente diferente es el lenguaje como soporte y apoyo de la “subjetividad intrahistórica”. En lo que concierne al tema, su ensayo “Intelectualidad y espiritualidad”, de 1904, del cual recogemos el siguiente fragmento, es bastante sugestivo cuanto al hiato que media entre lenguaje –comunal– y pensamiento –individual–, ya que expresa la *discontinuidad ontológica* que sufre el pensamiento cuando se exterioriza a través del lenguaje.

Era el ruidoso manifiesto que tanto había dado que hablar; era el famosísimo escrito en que él, él mismo, el que estaba entonces arrellanado en su sillón de vaqueta, vació su espíritu. Se puso a leerlo, y a medida que lo leía invadía un extraño desasosiego. No, aquello no era suyo, aquello no había querido él escribir, no era aquello lo que había pensado y creído, no era lo que había escrito. Y, sin embargo, no cabía duda: aquello, aquello que veía ahora tan extraño, aquello fué lo que escribió y con lo que más renombre había ganado. Volvió a leerlo. No, no comunica uno lo que quería comunicar –pensó–; apenas un pensamiento encarna en palabra, y así revestido sale al mundo, es de otro, o más bien no es de nadie por ser de todos. La carne de que se reviste el lenguaje es comunal y es externa; engurruñe el pensamiento, lo aprisiona y aun lo trastorna y contrahace. No, él no había querido decir aquello, él nunca había pensado aquello<sup>24</sup>.

22. Cfr., UNAMUNO, M., *Tulio Montalbán y Julio Macedo*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1967, vol. 2, pp. 964-965.

23. *Ibidem*, p. 963.

24. UNAMUNO, M., “Intelectualidad y espiritualidad”, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1966, vol. 1, p. 1138.

La “hermenéutica” constituye el tercer momento de *discontinuidad ontológica* y se refiere al proceso de recepción de la “subjetividad histórica del autor” por sus “lectores”. Se trata, pues, de un momento contrario a los dos anteriores, puesto que ya no está en cuestión el proceso a través del cual la “subjetividad intrahistórica del autor” se metamorfosea en su “subjetividad histórica” sino el proceso inverso de revitalización de su “subjetividad histórica” a partir de las “subjetividades intrahistóricas de los lectores”.

El acercamiento de Unamuno al problema hermenéutico se debió, fundamentalmente, a dos factores: en primer lugar, al problema de la exégesis bíblica abierto por la *Reforma protestante*<sup>25</sup> y, después, a sus lecturas pluridisciplinares, donde se destacan las influencias de Schleiermacher y Renán. La conjugación de ambos factores hizo que el bilbaíno se acercase a los conceptos de “contrasentido”<sup>26</sup> y “prejuicio”<sup>27</sup>, que le han conducido a una concepción de “lectura” como satisfacción de las necesidades del lector. En la formación de dicha concepción jugó un papel decisivo la idea de que el conocimiento no es una realidad pura sino una realidad condicionada por el ambiente, en el cual tiene su origen<sup>28</sup>. No nos extraña, pues, que Unamuno se alejase de los ideales positivistas de Avenarius<sup>29</sup> y Comte<sup>30</sup> a favor de la propuesta lingüística de Vico<sup>31</sup>, en la medida en que éste, al igual que Unamuno, concibe el lenguaje humano, y quien dice lenguaje dice también el pensamiento y el conocimiento, como una realidad “antropomórfica” y “mitopeica”. Ahora bien, Unamuno, al ser consciente de que dichas realidades están condicionadas por el tiempo y por el espacio, y de que por ello el concepto de “prejuicio” impide una concepción de la exégesis textual como reconstitución del pensamiento del autor, terminó por vincularse a la propuesta hermenéutica de E. Renán, que concibe la obra literaria como la condición de posibilidad de satisfacer las necesidades de los lectores. Fue a partir de esta concepción de la hermenéutica que el pensador vasco-salmantino terminó por sobrevalorar la importancia del “lector” en detrimento del “autor”, ya que, como lo subraya Carlos Longhurst, “el sentido [del texto] lo pone el receptor, no el

25. UNAMUNO, M., *La agonía del cristianismo*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1969, vol. 7, pp. 321 y 322.

26. UNAMUNO, M., “Conversación primera”, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1968, vol. 3, pp. 372-373.

27. UNAMUNO, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 291.

28. UNAMUNO, M., *En torno al casticismo*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1966, vol. 1, p. 788.

29. UNAMUNO, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 195.

30. *Ibidem*, p. 194.

31. *Ibidem*, p. 193.

originador”<sup>32</sup>. Prueba de ello es su drama *El Otro. Misterio en tres jornadas y un epílogo*, de 1926, ya que, en su “Autocrítica”, Unamuno afirmó, y lo reproducimos casi textualmente, que “una obra literaria pertenece más a los lectores que al propio autor, no importando, por ello, lo que éste quiso decir sino lo que dijo sin querer”<sup>33</sup>. En lo que concierne al tema, importa señalar que esta idea está presente de forma, igualmente, explícita en sus *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, de 1920, ya que, en la misma, Unamuno afirmó que *El Quijote* no es suyo ni de Cervantes sino de todos sus lectores<sup>34</sup>. Pues bien, a partir de las mencionadas referencias bibliográficas, podría pensarse que el problema de la *discontinuidad ontológica* inherente a la “lectura” e “interpretación” del texto es un problema inherente a las obras unamunianas del destierro o por lo menos de las obras de la segunda década del siglo XX. Sin embargo, eso no es cierto, ya que este tema recorre toda la obra del autor a partir de la publicación de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, de 1905. De ello dejan constancia las múltiples referencias que Unamuno hizo a este quehacer filosófico, tanto en su obra epistolar<sup>35</sup> como ensayística<sup>36</sup>. Lo que sí es cierto es que este tema gana más relieve e importancia a partir de 1924, a raíz de su destierro voluntario y de la conversión de su persona como primera persona española en el mundo<sup>37</sup>, ya que dichos hechos maximizaron la importancia del problema de la “personalidad” que a partir de 1914 se constituye como eje de su pensamiento filosófico. En la siguiente cita, que recogemos de su obra *Cómo se hace una novela*, Unamuno, acercándose a una concepción vitalista del trabajo hermenéutico, afirma entusiásticamente que lo importante en la “literatura” no es lo que un “autor” dice en su obra, sino lo que el “lector” descubre en ella; lo que implica tanto como decir que la “lectura” supone siempre un proceso de *discontinuidad ontológica* por el cual el espíritu del lector pierde su identidad espiritual.

Dice Cassou que mi obra no palidece. Gracias. Y es porque es la misma siempre. Y porque la hago de tal modo que pueda ser otra para el lector que la

32. Cfr., LONGHURST, C. A., “Teoría de la novela en Unamuno. De *Niebla* a *Don Sandalio*”, en: CHAGUACEDA TOLEDANO, A. (ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra I*, op. cit., p. 150.

33. UNAMUNO, M., “Autocrítica”, op. cit., p. 653.

34. UNAMUNO, M., “Prólogo”, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, op. cit., p. 976.

35. Cfr., UNAMUNO, M., “Carta de Unamuno a Miss Alicia H. Bushee, Salamanca, 5.X.1912”, en: UNAMUNO, M., *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, p. 398.

36. UNAMUNO, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 290.

37. Cfr., BLANCO AGUINAGA, C., “Interioridad y exterioridad en Unamuno”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 7, n.º 3-4 (jul-dic. 1953), pp. 686-701.

lea comiéndola. ¿Qué me importa que no leas, lector, lo que yo quise poner en ella, si es que lees lo que te enciende en vida? Me parece necio que un autor se distraiga en explicar lo que quiso decir, pues lo que nos importa no es lo que quiso decir, sino lo que dijo, o mejor lo que oímos<sup>38</sup>.

En resumen, lo que Unamuno nos propuso con su concepción literaria fue un vínculo, de carácter ontológico, que fuese capaz de unir, espiritualmente, el “autor” a sus “lectores”. Prueba de ello es el hecho de que, en Unamuno, aquéllos se refieran tanto al que crea y al que lee una determinada obra literaria como al que se da en espíritu y al que es alimentado. De este modo, entre “autor” y “lector” se establece un vínculo espiritual, a partir del cual los lectores reciben y se apropian de los rasgos personales más característicos de sus autores. Dicho hecho es tanto más significativo cuanto que el hombre es un ser inconcluso *ab origine*, dependiendo su desarrollo espiritual del contacto con los demás. Por ello, si es cierto que, en Unamuno, esta unión ontológica tiene sus raíces en aquella secuela del ser que impulsa a todo hombre a persistir e inmortalizarse, siendo por ello una unión que *a priori* manifiesta un innegable egoísmo ontológico, no deja de ser igualmente cierto que la mencionada unión constituye la *conditio sine qua non* del propio desarrollo espiritual de los lectores. Es porque asumimos este supuesto filosófico que consideramos que la concepción autobiográfica de la literatura que Unamuno nos propone desvela, también, un carácter señaladamente altruista, ya que se constituye como puerta de acceso al desarrollo ontológico de sus lectores. Aquí, las varias discontinuidades ontológicas que enuncian los conceptos de “consunción”, “enajenación” y “hermenéutica” son la expresión más evidente de dicho carácter, ya que, al señalar los varios límites a que está sujeto el deseo de persistencia individual, ponen de relieve el hecho de que el *telos* del arte literario radica, fundamentalmente, en la formación espiritual de los lectores y no tanto en el deseo de pervivencia del autor. Y es, precisamente, aquí donde creemos entroncar la vertiente educativa de la producción literaria de Unamuno.

### 3. EL PERSONAJE Y LA PERSONA: SUS REALIDADES ONTOLÓGICAS PARALELAS Y LA TEORÍA DEL ESPEJO

Agustín - ¿Qué? ¿Qué? ¿Cosa de teatro Hamlet? ¿Hamlet cosa de teatro? No; Hamlet no es cosa de teatro; no lo es Segismundo; no lo es Prometeo; no lo es Brand... Los que son cosa de teatro son los actuales ministros de la

38. UNAMUNO, M., “Comentario”, *Cómo se hace una novela*, *op. cit.*, p. 721.

Corona y los diputados y los senadores; los que sois cosa de teatro, Pablo, sois vosotros, todos los hombres... públicos. Pero ¿Hamlet? ¿Hamlet cosa de teatro? ¡Es más real y más actual que vosotros todos! ¡Como Don Quijote!<sup>39</sup>

En Unamuno, los conceptos de “persona” y “personaje” son dos nociones que se identifican a partir de una característica ontológica común, que los define, significativamente, como *seres reales*. Pero ¿a qué tipo de realidad se refiere Unamuno cuando afirma, en su drama *Soledad*, de 1921, por la boca de su protagonista Agustín, que “persona” y “personaje” son dos seres ontológicamente equivalentes? Dicha cuestión es tanto más legítima cuanto las mencionadas nociones se ubican en dos mundos, diametralmente, opuestos, ya que una cosa es el *mundo intrahistórico* estructurado en torno a las *subjetividades carnales* de las personas y otra, muy diferente, es el *mundo histórico* estructurado en torno a las *subjetividades literarias* de los personajes. Entre la “persona” y el “personaje” se interpone, pues, una diferencia ontológica tan grande como la que aísla el mundo de carne y hueso del mundo de la literatura. Ahora bien, si la “persona” y el “personaje” son dos seres ontológicamente distintos ¿cómo interpretar, entonces, la afirmación unamuniana de que éstos son seres equivalentes en cuanto a sus existencias?

Para contestar, con corrección, a esta cuestión sería necesario tener presente la concepción unamuniana de “existencia”. Si se analiza con algún detalle su *Del sentimiento trágico de la vida*, de 1913, pronto se nos hará patente que Unamuno se aleja del realismo o del sustancialismo clásico, que concibe la realidad como algo independiente y exterior al sujeto cognoscente, para acercarse a una *concepción subjetivista del ser*, donde los conceptos de “sustancia” y “consciencia” se presentan como dos nociones correlativas e interdependientes en términos onto-gnoseológicos<sup>40</sup>. Con dicho posicionamiento, Unamuno terminó por ubicarse dentro del paradigma epistemológico abierto por Descartes, el del *cogito ergo sum*, según el cual la existencia del mundo exterior está onto-gnoseológicamente subordinada al sujeto del conocimiento. Por ello, en este aspecto, Unamuno es un pensador heredero de la modernidad filosófica. Prueba de ello es su alejamiento del axioma latino “*operari sequitur esse*, el obrar se sigue al ser” a favor de la tesis onto-gnoseológica contraria que sostiene que el “ser es obrar y sólo existe lo que obra, lo activo, y en cuanto obra”<sup>41</sup>; tesis que en cuanto a sus implicaciones ontológicas es, obviamente, muy cercana al *esse est percipi* (ser es ser percibido) de Berkeley, en la medida

39. UNAMUNO, M., *Soledad*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1968, vol. 5, p. 501.

40. Cfr., UNAMUNO, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 225.

41. *Ibidem*, p. 196.

en que subordina el concepto de “existencia” a la subjetividad humana, pero que ostenta una diferencia fundamental ya que dicha existencia sólo es válida en cuanto es “activa” o “dinámica”. No nos extraña, pues, que, a partir de esta concepción activa del ser, como observa con mucho acierto Julián Marías, Unamuno postulouse la naturaleza consustancial del “hombre” y del “personaje”, ya que la validez onto-gnoseológica de sus existencias está vinculada a su “actividad” o “dinamismo”<sup>42</sup>. De este modo, de la misma forma que el hombre sólo existe en cuanto es capaz de obrar, esto es, en cuanto es capaz de amar, sentir y añorar, así también el personaje sólo existe en cuanto ama, siente y añora, dentro de las “subjetividades intrahistóricas de sus lectores”. Es por ello que las existencias del “autor” y de los “personajes” se identifican en Unamuno, ya que, no pudiendo afirmarse el mundo exterior a la conciencia, quedan ahí únicamente las subjetividades del “autor” y del “personaje” como únicas realidades pasibles de ser afirmadas onto-gnoseológicamente. Y si esto es así, el “hombre” y el “personaje” se identifican ontológicamente en cuanto son capaces de obrar. En lo que concierne a la teoría de la existencia como actividad es más que sugestivo el siguiente fragmento que transcribimos de su obra *Vida de Don Quijote y Sancho*, de 1905:

Pero véngase acá, señor Licenciado, y dígame: [...] ¿Dónde estaban y están en la tierra el Gran Capitán y Diego García de Paredes? Luego que un hombre se murió y pasó acaso a memoria de otros hombres, ¿en qué es más que una de esas ficciones poéticas de que abomináis? Vuestra merced debe saber por sus estudios lo de *operari sequitur esse*, el obrar se sigue al ser, y yo le añado que sólo existe lo que obra y existir es obrar, y si Don Quijote obra, en cuantos le conocen, obras de vida, es Don Quijote mucho más histórico y real que tantos hombres, puros nombres que andan por esas crónicas que vos señor Licenciado tenéis por verdaderas<sup>43</sup>.

En estrecha relación con la concepción del ser como actividad se yuxtapone otra línea fundamental de la antropología unamuniana que se refiere al tema de *la realidad poética o creativa del hombre o del personaje*. Si se analizan sus *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, de 1920, percibimos que la *concepción activa del ser* está vinculada con la *concepción volitiva del hombre*, que lo concibe como puro *querer ser* o como puro *querer no ser*<sup>44</sup>. En la formación de esta concepción, jugó un papel decisivo la influencia de Schopenhauer, ya que el filósofo alemán identificaba la esencia del *yo*, su realidad

42. Cfr., MARÍAS, J., *Miguel de Unamuno*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997, pp. 247 y 248.

43. UNAMUNO, M., *Vida de Don Quijote y Sancho*, op. cit., pp. 131-132.

44. UNAMUNO, M., “Prólogo”, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, op. cit., p. 972.

nouménica, con el principio metafísico que denominó de voluntad (*Wille*) o voluntad de vivir (*Wille zum Leben*). La prueba más evidente del mencionado paralelo ideológico entre los dos autores radica en el hecho de que el concepto de “voluntad”, en Schopenhauer, no se refiere a una mera facultad psíquica sino a un principio metafísico, que Unamuno identificó, siguiendo a Spinoza, con la tensión ontológica de persistencia<sup>45</sup>. De este modo, para Unamuno, el “hombre” y el “personaje” son dos *seres reales*, en la medida en que sus *voluntades* de origen metafísico permiten echar los cimientos ontológicos de su *concepción de consciencia como actividad*. O dicho de otro modo, las existencias carnal y mental de hombres y personajes, respectivamente, sólo pueden concebirse como actividad porque ambas son concebidas, ontológicamente, como *Wille zum Leben*, ya que sólo la voluntad, y no el intelecto, permite fundamentar y estructurar una concepción de la *existencia* humana como *actividad*. Véase lo que Unamuno nos dice a este propósito en el “Prólogo” a sus *Tres novelas ejemplares* de 1920:

(1) ¿Cuál es la realidad íntima, la realidad real, la realidad eterna, la realidad poética o creativa de un hombre? Sea hombre de carne y hueso o sea de lo que llamamos de ficción, que es igual. Porque Don Quijote es tan real como Cervantes<sup>46</sup>.

(2) En un poema –y las mejores novelas son poemas–, en una creación, la realidad no es la del que llaman los críticos realismo. En una creación la realidad es una realidad íntima, creativa y de voluntad<sup>47</sup>.

Para Unamuno, el *telos* de la *creación literaria* (nos referimos, en concreto, a su novela y teatro) radica en *la creación de personas*. A ello se refirió el bilbaíno en variadísimos pasajes de su obra de entre los cuales quisiéramos destacar su drama *Soledad*, de 1921, ya que el mismo se estructura en torno al tema de la creación literaria. En dicha obra, Unamuno cristalizó la idea de que la función principal del novelista o del dramaturgo, es decir, que su función principal como escritor, consistía en la creación de hombres, de personas, esto es, de seres henchidos de vida<sup>48</sup>, y que esta creación sólo se concretaría si las existencias de los “personajes” estuviesen cimentadas en torno a los eternos problemas de la existencia humana<sup>49</sup>. Pues bien, Unamuno, al identificar la finalidad del arte literario con la creación de “personas”, terminó

45. *Ibidem*, p. 974.

46. *Ibidem*, p. 972.

47. *Ibidem*.

48. UNAMUNO, M., *Soledad*, *op. cit.*, pp. 466-467.

49. *Ibidem*, p. 467.

por hermanar significativamente los conceptos de “hombre” y “personaje”. Prueba de ello son sus *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, de 1920, donde Unamuno apuntó al hecho de que todo “símbolo” o “concepto”, esto es, que todo “personaje”, puede hacerse “persona”<sup>50</sup>. Con esta identificación Unamuno propuso una concepción de *literatura como espejo de la vida humana*, a partir de la cual pueden estudiarse sus eternos problemas y su sentido último. No nos extraña, pues, que el “personaje”, en Unamuno, sea, al mismo tiempo, “persona”<sup>51</sup> y “concepto”<sup>52</sup>: es persona en cuanto es un espejo fiel de la vida humana y es concepto en cuanto permite el estudio de sus eternos problemas. Es por ello que, en la línea de Julián Marías<sup>53</sup> y de Morón Arroyo<sup>54</sup>, defendemos que la novela unamuniana puede definirse, simultáneamente, como *novela personal* y de *pensamiento*, ya que la misma quiere ser tanto una expresión fiel de la vida humana como un lugar privilegiado de su estudio y análisis. Es por ello que no es casual ni fortuito que Unamuno en el “Prólogo” a sus *Tres novelas ejemplares*, de 1920, se rebele en contra de la literatura de su época histórica, ya que, en ella, sus “personajes” no dejan palpitar la voz de sus “personas”, lo que no permitía la identificación de la literatura con el mundo intrahistórico.

Y ahora os digo que esos personajes crepusculares –no de mediodía ni de medianoche– que ni quieren ser ni quieren no ser, sino que se dejan llevar y traer, que todos esos personajes de que están llenas nuestras novelas contemporáneas españolas no son, con todos los pelos y señales que les distinguen, con sus muletillas y sus tiques y sus gestos, no son en su mayoría personas, y que no tienen realidad íntima. No hay un momento en que se vacíen, en que desnuden su alma<sup>55</sup>.

No quisiéramos terminar nuestros análisis en torno al concepto de “personaje” sin hacer una referencia directa a la relación de dependencia ontológica que dicho concepto mantiene con los de “autor” y “lector”. (1) Si se tiene en consideración su novela *Niebla*, de 1914, percibimos que la existencia histórica o literaria de los “personajes” está, ontológicamente, subordinada

50. UNAMUNO, M., “Prólogo”, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, op. cit., pp. 974-975.

51. Cfr., MARÍAS, J., *Miguel de Unamuno*, op. cit., p. 80.

52. PARÍS, C., *Unamuno: estructura de su mundo intelectual*, op. cit., p. 35.

53. MARÍAS, J., *Miguel de Unamuno*, op. cit., p. 96.

54. MORÓN ARROYO, C., “Novela y pensamiento: *San Manuel Bueno, mártir*”, en: CHAGUACEDA TOLEDANO, A. (ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra I*, op. cit., pp. 156-157.

55. UNAMUNO, M., “Prólogo”, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, op. cit., p. 975.

a la existencia intrahistórica de sus “autores”, en la medida en que aquéllos no son más que un producto de la fantasía de éstos. Lo mismo es decir que sin “autores” no hay “personajes” y que, por ello, sus existencias dependen, en última instancia, de la existencia de sus “autores”. De este modo, podríamos afirmar, apoyándonos en los conceptos centrales de su *En torno al casticismo*, que, en un primer sentido, *la intrahistoria es la condición de posibilidad de la propia historia*. (2) Sin embargo, esta relación sufre un cambio decisivo a partir del momento en que el “lector” se interpone en la misma, ya que a partir del referido momento la realidad del “autor” depende ontognoсеológicamente de la del “personaje”. El cambio, aquí, es radical, ya que la realidad histórica del ente de ficción deja de estar subordinada para pasar a ser subordinante con respecto a la realidad intrahistórica del autor. Por ello, podría decirse, en un segundo sentido, y en un plano meramente causal, que *la historia es la condición de posibilidad de la propia intrahistoria*. Lo cual implica tanto como decir que el “lector” “invierte” la relación de preeminencia ontológica que vincula los conceptos de “autor” y “personaje”<sup>56</sup>. (3) Empero, como lo afirma el propio Unamuno, la relación de superioridad ontológica de la “historia” con relación a la “intrahistoria” sólo tiene sentido cuando la “historia” es actualizada por la propia “intrahistoria”; o, dicho de otra forma, la superioridad ontológica del “personaje” sobre su “autor” sólo tiene sentido cuando es actualizada por el “lector”, ya que, en el caso en que esta actualización no se concrete, lo histórico, lo que se cristaliza en libros y registros, pierde su sustrato ontológico primario y, por ende, su existencia<sup>57</sup>, como lo pone de relieve la realidad del “olvido”. Y si es así, podríamos afirmar, en un tercer sentido, que *la intrahistoria es la condición de posibilidad de la propia historia*.

Si se mira bien, hay, pues, en Unamuno, una especie de círculo ontognoсеológico entre “historia” e “intrahistoria”. La “intrahistoria”, el “autor”, es, en una primera instancia, la condición de posibilidad de la propia “historia”, del “personaje”, y la “historia”, el “personaje”, es, en un segundo momento, la condición de posibilidad de la propia “intrahistoria”, del “autor”, siempre y cuando ésta se actualice, en un tercer momento, en la “intrahistoria”, esto es, en el “lector”. En dicho proceso, el “personaje” termina, pues, por constituir una especie de vínculo ontológico intemporal entre dos aspectos muy distintos de la temporalidad, esto es, del mundo intrahistórico, como el “pasado” y el “presente”, donde se ubican, respectivamente, el “autor” y el

56. Cfr., UNAMUNO, M., *San Manuel Bueno, mártir*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1967, vol. 2, p. 1153.

57. UNAMUNO, M., *Niebla*, en: O.C., Madrid, Escelicer, 1967, vol. 2, p. 671.

“lector”. Y porque el “presente intrahistórico”, donde se ubica el “lector”, es la única realidad inmediata, el “personaje” termina por hacerse más accesible al “lector” que su “autor”, ya que este último necesita de la mediación del “personaje” para poder hacerse inteligible. No nos extraña, pues, que, desde el punto de vista del “lector”, Unamuno considerase más reales sus criaturas que su propia “persona”. En lo que concierne al tema, obsérvese como Unamuno, el autor, rivaliza con Augusto Pérez, el personaje, en su novela *Niebla*, de 1914, con respecto al problema de la preeminencia ontológica:

—No, no existes más que como ente de ficción; no eres, pobre Augusto, más que un producto de mi fantasía y de las de aquellos de mis lectores que lean el relato que de tus fingidas venturas y malandanzas he escrito yo; tú no eres más que un personaje de novela o de *nivola*, o como quieras llamarle. Ya sabes, pues, tu secreto. [...].

—No sea, mi querido don Miguel —añadió—, que sea usted, y no yo, el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo, ni muerto... No sea que usted no pase de ser un pretexto para que mi historia llegue al mundo...<sup>58</sup>

En resumen, lo que Unamuno propuso con su obra novelística y teatral fue una concepción de “personaje” como “persona” y “concepto”. Para Unamuno, el “personaje” debería ser un espejo, lo más fiel posible, de la vida humana y, como espejo, ser expresión de los eternos problemas con que se confronta el hombre a lo largo de su existencia. Con dicha concepción, que interpreta como equivalentes los conceptos de “personaje” y “persona”, Unamuno terminó por concebir el “personaje”, igualmente, como un “concepto”, ya que a partir del mismo pueden estudiarse los eternos problemas de la vida humana. Por ello, podría decirse que la dimensión señaladamente antropológica de su concepción de “personaje” le permitió sentar las bases de su concepción epistemológica. Otro aspecto no menos importante de esta identificación entre los conceptos de “persona” y “personaje” radica en la posibilidad de concebir el *ente de ficción* en términos volitivos como puro *querer ser* o como puro *querer no ser*. En este aspecto de su pensamiento, se perciben las influencias que Schopenhauer y Spinoza tuvieron en su formación intelectual, ya que éstas permitieron que Unamuno identificase la esencia de su hombre de carne y hueso como *voluntad de vivir* o *deseo de persistencia*, respectivamente. Ahora bien, la afirmación de que la “voluntad” es el primer tejido constituyente de la naturaleza humana llevó a Unamuno a concebir las existencias del “hombre” y del “personaje” como pura actividad, ya que ambos sólo existen en cuanto son capaces de obrar. Aquí, el reemplazo del axioma latino *operari sequitur*

58. *Ibidem*, p. 666.

*esse* por la afirmación “sólo existe lo que obra, en cuanto obra” constituye el fundamento de su concepción de existencia que, en la línea del *cogito ergo sum* de Descartes o del *esse est percipi* de Berkeley, subordina la existencia de las cosas al sujeto de conocimiento. Cabría referir, por último, que, en Unamuno, la realidad ontológica de los “personajes” es más real que la de sus autores. En la afirmación de dicha superioridad existencial radica el supuesto ontológico de que la actualización de la existencia histórica del “autor” por sus “lectores” necesita de la mediación ontológica del “personaje” mientras que la actualización de la existencia del “personaje” no necesita de ninguna mediación. No nos extraña, pues, que Unamuno, en su *Niebla*, de 1913, rivalizase, ontológicamente, con su personaje principal, Augusto Pérez, cuya existencia histórica creía más real que su propia existencia intrahistórica.

#### 4. CONCLUSIONES

Unamuno es, como es bien sabido, un innovador en lo que concierne a la forma como concibe la producción literaria. Deseoso de inmortalidad personal, percibió desde muy pronto que entre el “autor” y el “lector” se interponen tres momentos de *discontinuidad ontológica*, a saber, la “consunción” (o anquilosamiento), la “enajenación” y la “hermenéutica”. Y al comprender que su espíritu, que su “consciencia intrahistórica”, jamás podría ser reactivado en su totalidad por sus lectores, rivalizó bruscamente en contra de sus “personajes” que, concebidos como *personas y seres reales*, tenían mayor preeminencia ontológica sobre el “lector” que él mismo, en cuanto “autor”. No pudiendo ser él mismo fuera de su conciencia carnal, halló en la *egoísta gratuidad de darse en espíritu* la única función de la literatura, el enriquecimiento personal del “lector”, puesto que perdida para siempre su “consciencia intrahistórica”, quedan únicamente ahí las “subjetividades vivas de los lectores”, que pueden alimentarse de su “consciencia histórica”, en cuanto *espejo “infel” del original*. Y es precisamente aquí que el egoísta afán de persistencia personal, que anima al escritor, se metamorfosea en la pura gratuidad del ofrecerse al lector.

#### 5. BIBLIOGRAFÍA

- UNAMUNO, M., *Obras completas*, Madrid, Escelicer, 1966-1971, vols.9.  
— *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca 1996.

- BLANCO AGUINAGA, C., "Interioridad y exterioridad en Unamuno", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 7, n.º 3-4 (jul.-dic. 1953), pp. 686-701.
- CHAGUACEDA TOLEDANO, A. (ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra I*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca 2003.
- LONGHURST, C. AL., "Teoría de la novela en Unamuno. De *Niebla* a *Don Sandalio*", en: CHAGUACEDA TOLEDANO, A. (ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra I*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, pp. 139-151.
- MARÍAS, J., *Miguel de Unamuno*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997.
- MAROCO DOS SANTOS, E. J., "La consciencia histórica e intrahistórica en Miguel de Unamuno", *Revista de filosofía. Euphyía*, vol. 5, n.º 9 (jul.-dic. 2011), pp. 109-136.
- MEYER, F., *La ontología de Miguel de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1962.
- MORÓN ARROYO, C., "Novela y pensamiento: *San Manuel Bueno, mártir*", en: CHAGUACEDA TOLEDANO, A. (ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra I*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, pp. 153-162.
- PARÍS, C., *Unamuno: estructura de su mundo intelectual*, Barcelona, Anthropos, 1989.

